

AFGANISTÁN

El espejismo de la guerra buena

Rara vez ha habido una exhibición tan entusiasta de unidad internacional como aquella con la que se recibió la invasión de Afganistán en 2001. El apoyo a la guerra era universal en las cancillerías de Occidente, incluso antes de que se hubiesen declarado sus objetivos y parámetros. Los gobiernos de la OTAN se apresuraron a afirmar que eran «todos para uno». Blair voló por todo el mundo, tratando de ganar adeptos para la «doctrina de la comunidad internacional» y las oportunidades de mantenimiento de la paz y construcción nacional en el Hindu Kush. Putin acogió de buena gana la ampliación de las bases estadounidenses a lo largo de las fronteras meridionales de Rusia. Todos y cada uno de los partidos mayoritarios occidentales respaldaron la guerra; todas y cada una de las cadenas de comunicación —con BBC World y CNN a la cabeza— se convirtieron en su altavoz. Tanto para los Verdes alemanes como para Laura Bush y Cherie Blair, se trataba de una guerra por la liberación de las mujeres de Afganistán¹. Para la Casa Blanca, de un combate por la civilización. Para Irán, de la inminente derrota del enemigo wahabí.

Tres años más tarde, cuando el caos se intensificaba en Iraq, Afganistán se convirtió por comparación en la «guerra buena». Había estado legitimada por Naciones Unidas —aunque la resolución no se aprobara hasta después de que dejaran de caer las bombas— y respaldada por la OTAN. Mientras que las diferencias tácticas se habían agudizado respecto de Iraq, en Afganistán podían resolverse. Primero Zapatero, luego Prodi y, a continuación, Rudd, compensaron la retirada de tropas de Iraq enviándolas a Kabul². Francia y Alemania pudieron ensalzar allí sus papeles de pacifica-

¹ A decir verdad, el único periodo en la historia afgana en el que se concedió a las mujeres igualdad de derechos y de educación fue entre 1979 y 1989, la década en la que gobernó el país el Partido Democrático Popular de Afganistán, respaldado por las tropas soviéticas. A pesar de ser un régimen represivo en muchos sentidos, en los frentes de la salud y la educación se hicieron verdaderos progresos, al igual que en Iraq bajo Sadam. De ahí la nostalgia del pasado entre los sectores más pobres de la sociedad de ambos países.

² En una visita a Madrid después de la victoria electoral de Zapatero en marzo de 2008, un alto funcionario del gobierno me informó de que unos meses antes de las elecciones habían considerado una retirada total de Afganistán, pero que Estados Unidos había sido más astuto,

dores o civilizadores. A medida que los atentados suicidas aumentaban en Bagdad, Afganistán se convertía –para los demócratas estadounidenses, deseosos de demostrar sus credenciales «securitarias»– en el «verdadero frente» de la guerra contra el terror, defendida por todos los candidatos presidenciales estadounidenses en la carrera hacia las elecciones de 2008, con el senador Obama presionando a la Casa Blanca para violar la soberanía pakistaní cuando fuera necesario. Con mayor o menor firmeza, China, Irán y Rusia apoyaron la ocupación de Afganistán, aunque en el caso de esta última hubiera siempre un fuerte elemento de *Schadenfreude* [alegría por el mal ajeno]. Los veteranos soviéticos de la guerra afgana estaban asombrados de ver cómo Estados Unidos repetía ahora sus errores en una guerra aún más inhumana que su precedente.

Entretanto, el número de civiles afganos asesinados ha superado varias decenas de veces los 2.746 que murieron en Manhattan. El desempleo ronda el 60 por 100 y las tasas de mortalidad de madres, bebés y niños se encuentran entre las más altas del mundo. Las cosechas de opio se han disparado y los «neotalibanes» se están haciendo cada año más fuertes. Nadie pone en tela de juicio el hecho de que el gobierno de Karzai no controla ni siquiera su propia capital y menos aún ofrece un ejemplo de «buen gobierno». Los fondos de reconstrucción desaparecen en los bolsillos de los amigos o se gastan en pagar los breves contratos de asesores occidentales. Los policías son predadores en lugar de protectores. La crisis social se agudiza. Los comentaristas occidentales evocan cada vez más claramente el espectro del fracaso, por lo general, para alentar a *encore un effort* [un esfuerzo más]. Un editorialista de *The Guardian* lo resume así: «La derrota parece posible, con todas las terribles consecuencias que acarreará»³.

Dos son los argumentos principales, con frecuencia superpuestos, que se proponen para explicar «qué es lo que fue mal» en Afganistán. Para los imperialistas liberales, la respuesta se puede resumir en tres palabras: «no es suficiente». La invasión organizada por Bush, Cheney y Rumsfeld se hizo a precios de saldo. La consigna del Pentágono de dejar «poca huella» supuso que hubiera menos tropas de las necesarias sobre el terreno en 2001-2002. El compromiso financiero con la «construcción estatal» fue insuficiente. Aunque puede que ya sea demasiado tarde, la respuesta es invertir más tropas y más dinero: «muchos miles de millones» durante «muchos años», en opinión del embajador estadounidense en Kabul⁴. La segunda respuesta –propuesta por Karzai y la Casa Blanca pero difundida por los medios

prometiéndolo a España que iban a proponer al jefe de su ejército como comandante de las fuerzas de la OTAN y que una retirada de Kabul desbarataría esta posibilidad. España se echó atrás, para descubrir después que la habían engañado.

³ «Failing State», *The Guardian*, 1 de febrero de 2008; véase también «The Good War, Still to Be Won» y «Gates, Truth and Afghanistan», *The New York Times*, 20 de agosto de 2007 y 12 de febrero de 2008, «Must they be wars without end?», *The Economist*, 13 de diciembre de 2007; International Crisis Group, «Combating Afghanistan's Insurgency», 2 de noviembre de 2006.

⁴ *The New York Times*, 5 de noviembre de 2006.

de comunicación occidentales en general— puede resumirse en una palabra: Pakistán. Ninguno de estos argumentos se mantiene en pie.

Fracasos políticos

Es verdad: en Kabul hubo una sensación de alivio cuando se derrocó al emirato wahabí de los talibanes. Aunque durante su mandato se habían restringido los expolios y la producción de heroína, se había mantenido a raya a los señores de la guerra y, en gran medida, se había restaurado el orden en un país sacudido por guerras internacionales y civiles desde 1979, el resultado final había sido una dictadura social implacable, con un nivel de control sobre la vida cotidiana de la gente corriente que hacía que el régimen clerical de Irán pareciera una isla de progresismo. El gobierno talibán cayó sin un combate serio. Islamabad, comprometido oficialmente con la causa estadounidense, impidió cualquier enfrentamiento frontal⁵. Algunos fanáticos talibanes cruzaron la frontera hacia Pakistán, mientras que una facción más independiente, fiel al mulá Omar, se fue a las montañas para prepararse para un combate futuro. Kabul quedó desguarnecido; el corresponsal de guerra de la BBC entró en la capital antes que la Alianza del Norte. Lo que muchos afganos esperaban entonces de un gobierno sucesor era un nivel de orden parecido, menos la represión y las restricciones sociales, y una liberación del espíritu del país. En lugar de ello, se les obsequió con un triste espectáculo que acribilló todas sus esperanzas.

El problema no era la falta de fondos, sino el propio proyecto de construcción estatal de Occidente, un proceso exógeno por naturaleza, que se proponía construir un ejército capaz de eliminar a su propia población, pero incapaz de defender a la nación de potencias exteriores; una Administración civil sin control sobre la planificación o la infraestructura social, que están en manos de ONG occidentales, y un gobierno en el que Washington marca el paso de la política exterior. Un proyecto, además, sin ninguna relación con las realidades sobre el terreno. Tras la caída del gobierno talibán, reaparecieron cuatro grandes grupos armados como fuertes actores regionales. En el norte, más industrializado y rico en gas, limítrofe con las repúblicas centroasiáticas de Uzbekistán y Tayikistán, estaba al mando el caudillo uzbeko Rashid Dostum, con su capital en Mazar-i-Sharif. Primero aliado de los comunistas, luego de los talibanes y en los últimos tiempos de la OTAN, el general Dostum dio su última muestra de lealtad masacrando entre 2.000 y 3.000 prisioneros talibanes y árabes bajo la mirada de aprobación de los servicios de inteligencia estadounidenses en diciembre de 2001.

⁵ En los medios de comunicación occidentales de la época se minimizó el decisivo papel que desempeñó Pakistán para conseguir esta «victoria». A los ciudadanos se les contó que quienes habían liberado Afganistán habían sido las unidades de elite de las Fuerzas Especiales y los «especialistas» de la CIA; después del éxito cosechado allí, se les podía enviar a Iraq.

No demasiado lejos de Dostum, en las montañas al noreste del país, una región rica en esmeraldas, lapislázuli y opio, el fallecido Ahmed Shah Masoud había construido una organización combatiente de tayikos que, durante la ocupación soviética, tendía regularmente emboscadas a las tropas en la carretera de Salang que conectaba Kabul con Tashkent. Masoud había sido dirigente del ala armada de la Jamaat-i-Islami [sociedad islámica] de Burhanuddin Rabbani, que operaba en tándem con un dirigente islamista aliado, Abd al-Tabb Sayyaf (ambos habían sido profesores de *sharia* en la Facultad de Derecho de la Universidad de Kabul en 1973, donde se incubaron estos movimientos). Recibieron financiación de Arabia Saudí hasta 1993, cuando esta última empezó a retirar gradualmente su apoyo a los talibanes. Masoud mantuvo una semiindependencia durante el periodo talibán, hasta su muerte el 9 de septiembre de 2001⁶. Los seguidores de Masoud se encuentran en la actualidad en el gobierno, pero, en lo que a la OTAN respecta, no se les considera dignos de confianza al cien por cien.

En el área occidental del país, protegida por el vecino Irán, se extiende la antigua ciudad de Herat, en otro tiempo un centro de conocimiento y cultura donde florecían los poetas, los artistas y los eruditos. Entre las muchas obras ilustradas allí a lo largo de tres siglos, se encuentra una versión del siglo xv del clásico *Miraj-nameh*, una narración fechada en la alta Edad Media acerca de la ascensión del Profeta al cielo desde la Cúpula de la Roca y los castigos que vio cuando pasó por el infierno⁷. La Herat moderna está dominada por el caudillo chíi Ismail Khan. Antiguo capitán del ejército inspirado por la Revolución islámica de Irán, Ismail alcanzó una fama inmediata tras dirigir una revuelta militar contra el régimen prosoviético en 1979. Apoyado por Teherán, desarrolló una poderosa fuerza que unía a todos los grupos chíes y que hostigaría a los rusos durante toda su estancia. A decenas de miles de refugiados de esta región (donde se habla un dialecto persa), se les brindó trabajo, alojamiento y entrenamiento en Irán. Desde 1992-1995, la dirección de la provincia tomó un rumbo autoritario. Era un régimen severo: la estúpida desfachatez de Ismail Khan pronto empezó a alejar a sus aliados, mientras que sus políticas de elevados impuestos y reclutamiento militar forzoso levantaron

⁶ Masoud había sido uno de los rostros preferidos por los periódicos y revistas de París durante la guerra soviético-afgana, por lo general retratado como un Che Guevara anticomunista rudamente romántico. Su pertenencia al grupo islamista de Rabbani y su visión reaccionaria sobre la mayoría de temas sociales apenas se mencionaban. Pero por más que presentara a sus partidarios de Occidente una imagen de masculinidad incorruptible, no se comportaba de acuerdo con la misma en su país. Las violaciones y el comercio de heroína no eran infrecuentes en las áreas bajo su control.

⁷ Las deslumbrantes ilustraciones estaban exquisitamente caligrafiadas por Malik Bakshi en alfabeto uighur. Hay 61 dibujos en total, creados con gran amor para el Profeta del islam. Éste aparece pintado con rasgos centroasiáticos y se le ve volando hacia el cielo sobre un corcel mágico con cabeza de mujer. Hay también ilustraciones de un encuentro con Gabriel y Adán, un retrato de hurfes en las puertas del Paraíso y de bebedores de vino que reciben su castigo en el infierno. Hay estudiosos europeos que sugieren que posiblemente una traducción latina temprana de este poema fue una fuente de inspiración para Dante.



la ira de las familias campesinas. Para cuando los talibanes se hicieron con el poder en 1996, el caudillo había perdido ya todo el apoyo. Herat cayó sin combates y los talibanes apresaron a Ismail, que no escapó hasta marzo de 2000. Entretanto, sus seguidores cruzaron la frontera hacia Irán, donde permanecieron aguardando su momento hasta que, en octubre de 2001, pudieron regresar bajo la cobertura de la OTAN.

El sur vuelve a ser otra historia. Los pueblos pashtun fueron los más castigados por los combates de las décadas de 1980 y 1990⁸. El rápido crecimiento de la población, aparejado a los trastornos de la guerra y a la pérdida resultante de ganado, aceleró el hundimiento de la economía de subsistencia. En muchas regiones, ésta fue sustituida por el cultivo de adormidera y el dominio de bandoleros y hombres fuertes. A principios de la década de 1990, tres combativos grupos sunníes habían ganado preponderancia en la región: los talibanes, el grupo dirigido por Ahmed Shah Masoud de la provincia de Panjsher y los seguidores de Gulbuddin Hekmatyar, antes hijo predilecto de Pakistán y al que los saudíes habían preparado

⁸ La etnografía de Afganistán ha generado un debate estadístico muy politizado. Hay un estudio realizado durante seis años por una fundación noruega que probablemente sea el más preciso. Esta encuesta indica que los pashtunes componen aproximadamente el 63 por 100 de la población, a los que se sumaría un 12 por 100 de tayikos, en su mayoría de lengua persa, un 9 por 100 de uzbekos y un 6 por 100 de hazaras, en su mayoría chiíes: WAK Foundation, Noruega, 1999. El *World Factbook* de la CIA habla, en cambio, de un 42, un 27, un 9 y un 9 por 100 respectivamente. La reducida minoría de no musulmanes, de religión hindú y sij, en su mayoría tenderos y comerciantes en Kabul, fueron desplazados por los talibanes; algunos murieron asesinados y miles de ellos huyeron a India.

para ser el nuevo líder. La *yihad* había terminado hace tiempo y ahora los *yihadistas* andaban como el perro y el gato, en una brutal lucha de poder donde el control sobre el narcotráfico constituía el principal objeto de la disputa. Bajo el segundo mandato de Benazir Bhutto, el apoyo militar que Pakistán brindó a los talibanes se demostró decisivo. Pero el derrocamiento del gobierno del mulá Omar en el invierno de 2001 dio lugar al resurgimiento de muchos de los gánsteres locales cuyos actos de pillaje éste había controlado en parte hasta ese momento.

La unción de Karzai

Washington asignó a Zalmay Khalilzad, su enviado especial afganoestadounidense en Kabul, la tarea de montar un nuevo gobierno. La capital estaba tomada por milicias rivales, unidas exclusivamente por su oposición a los talibanes derrocados, y era preciso complacer a sus representantes en todos los planos. El candidato para la presidencia de la Alianza del Norte, Abdul Haq de Jalalabad, había sido convenientemente apresado y ejecutado por los talibanes en octubre de 2001, cuando entró en el país con un pequeño grupo desde Pakistán. (Sus seguidores alegaron que la CIA y la ISI, descontentos con sus lazos con Rusia e Irán, le habían traicionado y habían dado el chivatazo al mulá Omar.) Otro candidato antitalibán evidente era Ahmed Shah Masoud; pero también había terminado asesinado —a manos de un terrorista suicida de procedencia desconocida— dos días antes del 11 de septiembre. De haber vivido, Masoud habría sido sin duda el candidato de la Unión Europea para la presidencia de Afganistán; el gobierno francés emitió un sello con su retrato y el aeropuerto de Kabul lleva su nombre. Nadie sabrá nunca si hubiera resultado un cliente de tanta confianza como el protegido transferido por Khalilzad, Hamid Karzai.

Consciente de que Estados Unidos no podría dirigir el país sin la Alianza del Norte y sus apoyos en Teherán y Moscú, Khalilzad moderó la retórica emancipatoria y se concentró en la seria empresa de la ocupación. La coalición que construyó se parecía a un pulpo ciego, con extremidades en su mayoría tayikas y Karzai haciendo las veces de su ojo ciego. El presidente afgano procede de la tribu de los pashtunes de Durrani asentados en Kandahar. Su padre había ocupado una posición subalterna en el gobierno de Zahir Shah. El joven Karzai apoyó a los muyahidines contra Rusia y, más tarde, fue seguidor de los talibanes, aunque rechazó su oferta de convertirse en el embajador de Afganistán en las Naciones Unidas, prefiriendo trasladarse y trabajar para la UNOCAL [Union Oil Company of California]. Allí respaldó a Khalilzad, que por entonces representaba a CentGas en su intento de construir un gasoducto para transportar gas desde Turkmenistán hasta Pakistán e India, cruzando Afganistán⁹.

⁹ El consorcio de CentGas, constituido en 1997, incluía a UNOCAL, Gazprom, Hyundai y compañías petrolíferas de Arabia Saudí, Japón y Pakistán. A finales de 1997, una delegación tali-

Después de su nombramiento como presidente provisional, el diario saudí *Al-Watan* publicó un revelador perfil de Karzai, donde afirmaba que había sido un títere de la CIA desde la década de 1980, experimentando una mejora permanente de su estatus en el tablero afgano al cabo de pocos años:

Desde entonces, los lazos de Karzai con los estadounidenses no se han cortado en ningún momento. Al mismo tiempo, estableció vínculos con los británicos y con otras facciones europeas e internacionales, en especial después de convertirse en viceministro de Exteriores en 1992 a raíz de la toma del poder por parte de los muyahidines afganos y del derrocamiento del régimen promoscovita de Najibullah. Karzai no vio contradicciones entre sus vínculos con los estadounidenses y su apoyo al movimiento talibán en 1994, cuando los estadounidenses apoyaron –en secreto y a través de los pakistaníes– la toma del poder por parte de los talibanes para poner fin a la guerra civil y la división de facto de Afganistán debido al fracaso de la experiencia de gobierno del país a cargo de Burhanuddin Rabbani¹⁰.

Karzai fue debidamente instalado en el gobierno en diciembre de 2001, pero la intimidad con las redes de inteligencia estadounidenses no llegó a traducirse en autoridad o legitimidad doméstica. Karzai no abrigaba ilusiones acerca de su popularidad en el país. Sabía que su vida biológica y política dependía enormemente de la ocupación y exigió una guardia de marines o mercenarios estadounidenses en vez de un destacamento de seguridad procedente de su propia base étnica pashtun¹¹. Ha habido al menos tres intentos fallidos de golpe de Estado en 2002-2003 por parte de sus aliados de la Alianza del Norte; fueron rechazados por la FIAS [Fuerza Internacional de Asistencia para la Seguridad], que estaba dedicada sobre todo a garantizar la seguridad de Karzai –aunque también proporciona una gráfica ilustración de dónde residen sus apoyos¹²–. Un concurso presidencial organizado con gran boato por empresas de relaciones públicas occi-

bán recibió todos los honores en su visita a la oficina central de UNOCAL, con la esperanza de firmar un contrato para el gasoducto de dos mil millones de libras. De acuerdo con el *Sunday Telegraph* («Oil Barons Court Taliban in Texas», 14 de diciembre de 1997), «parece que se ha conseguido que los guerreros islámicos accedan a cerrar el trato no a través de delicadas negociaciones, sino gracias a la hospitalidad texana de toda la vida. Vestidos con los tradicionales *shalwar kameez*, chalecos afganos y amplios turbantes negros, la delegación de alto rango recibió un trato VIP durante su estancia de cuatro días». El proyecto se suspendió en 1998, a causa de la división entre los talibanes acerca de quién debería quedarse con el proyecto de gasoducto: el mulá Rabbani prefería la oferta de la compañía argentina Bidas, mientras que el mulá Omar se demostraba un firme partidario del acuerdo bajo dirección estadounidense. Pero los contactos entre Estados Unidos y los talibanes se mantuvieron hasta mediados de 2001, tanto en Islamabad como en Nueva York, donde los talibanes mantenían un «departamento diplomático» presidido por Abdul Hakim Mojahed.

¹⁰ BBC Monitoring Service, 15 de diciembre de 2005.

¹¹ La fallecida Benazir Bhutto planteó la misma exigencia de protección estadounidense a su vuelta a Pakistán, pero en su caso la petición fue vetada por Islamabad.

¹² Barry McCaffey, «Trip to Afghanistan and Pakistan», US Military Academy Memorandum, West Point, Nueva York, 2006, p. 8.

dentales en octubre de 2004 –justo a tiempo para las elecciones estadounidenses– no consiguió reforzar el apoyo al presidente títere dentro del país. La costumbre de Karzai, consistente en colocar a sus parientes y protegidos en cargos de gobernadores provinciales o de jefes de policía, ha empujado a muchas comunidades locales a aliarse con los talibanes, en tanto que principal fuerza antigubernamental. En Zabul, Helmand y otros lugares, los insurgentes no tenían más que «acercarse a las víctimas de los hombres fuertes favorables a Karzai y prometerles protección y apoyo. Los intentos de los ancianos locales de buscar protección en Kabul no obtuvieron ningún resultado una y otra vez, dado que los malhechores disfrutaban del apoyo directo estadounidense o de la simpatía de Karzai»¹³.

Tampoco es ningún secreto que el hermano pequeño de Karzai, Ahmad Wali Karzai, se ha convertido en uno de los magnates de la droga más ricos del país. En una reunión con el presidente de Pakistán en 2005, mientras Karzai se lamentaba de la incapacidad de Pakistán para poner fin al contrabando interfronterizo, Musharraf sugirió que tal vez Karzai podría dar ejemplo controlando las actividades de su hermano. (El odio recíproco que se profesan los dos estrechos aliados de Washington es sobradamente conocido en la región.)

Nuevas desigualdades

Otro de los motivos que está alimentando el resentimiento es el comportamiento de una nueva elite arremolinada en torno a Karzai y las fuerzas de ocupación, que se ha especializado en llevarse las mejores partidas de la ayuda exterior para crear sus propias redes criminales de soborno y patrocinio. La corrupción de este estrato crece cada mes como un tumor abandonado a su proliferación. Los fondos occidentales son desviados para construir estrambóticas viviendas para los encargados autóctonos de hacer el trabajo sucio de las potencias occidentales. Los escándalos inmobiliarios estallaron ya en 2002, cuando los ministros del gobierno se concedieron a sí mismos y a sus compinches inmuebles en Kabul, donde los precios del suelo se habían disparado, puesto que los ocupantes y sus seguidores tenían que vivir conforme al estilo al que estaban acostumbrados. Los compañeros de Karzai, protegidos por las tropas de la FIAS, construyeron sus grandes chalets desde los que pueden disfrutarse las mejores vistas de las casuchas de adobe de los pobres. Los crecientes asentamientos chabolistas de Kabul, donde la población ha aumentado ahora a una cifra aproximada de 3 millones de personas, son una muestra de la crisis social que se ha tragado el país.

¹³ Antonio Giustozzi, *Koran, Kalashnikov and Laptop. The Neo-Taliban Insurgency in Afghanistan*, Londres, 2007, p. 60. La corrupción y la brutalidad de la recién creada Policía Nacional afgana es uno de los motivos que a los ojos de muchos explican también el giro de la población contra el gobierno de Karzai.

La ciudad antigua ha sufrido cruelmente en los últimos treinta años. Jade Maiwand, la modernizada «Oxford Street» abierta en el centro de la ciudad en la década de 1970, quedó reducida a escombros durante la guerra de 1992-1996. Un arquitecto afgano-estadounidense describe cómo Kabul ha pasado implacablemente

de ser una capital moderna a convertirse en cuartel general militar y político de un ejército invasor, en sede asediada del poder de un régimen títere, en línea de frente de un conflicto entre facciones (cuyo resultado ha sido la destrucción de dos tercios de su masa urbana), en campo de pruebas del fanatismo religioso que eliminó de la ciudad las últimas capas de vida urbana, y en objetivo de una guerra internacional contra el terrorismo¹⁴.

Sin embargo, estas enormes desigualdades nunca se habían puesto de manifiesto a tal escala hasta ahora. Una mínima parte de los supuestos 19 mil millones de dólares en «ayuda y reconstrucción» ha podido llegar a la mayoría de los afganos. La red de suministro eléctrico es hoy peor que hace cinco años, y mientras que los ricos pueden usar generadores privados para alimentar sus aparatos de aire acondicionado, calefactores de agua caliente, ordenadores y televisiones vía satélite, los kabulíes normales «padecieron un verano sin ventiladores y se enfrentan a un invierno sin calefacción»¹⁵. De resultas de ello, cientos de afganos sin domicilio se están literalmente muriendo de frío cada invierno.

Luego están las ONG, que se precipitaron en el país como langostas después de la ocupación. Tal como informa un observador:

Se estima que unos 10.000 miembros de ONG han convertido Kabul en el Klondike durante la fiebre del oro, donde han construido bloques de oficinas, han forzado el aumento de los alquileres, viajan en todoterrenos blindados y se gastan cantidades extraordinarias del dinero ajeno, esencialmente para sí mismos. Sólo reciben órdenes de una agencia lejana, pero lo mismo sucede con el ejército estadounidense, la OTAN, la ONU, la UE y el gobierno afgano, supuestamente soberano¹⁶.

Hasta los partidarios de la ocupación han perdido la paciencia con estos organismos, y algunos de los candidatos más votados para la Asamblea Nacional en 2005 hicieron del ataque a los mismos el plato fuerte de sus campañas. Peor aún, a juicio de un especialista estadounidense, «sus actividades generosamente subvencionadas han puesto de manifiesto la pobreza y la ineficacia de la Administración civil y han desacreditado a los

¹⁴ Ajmal Maiwandi, «Re-Doing Kabul», presentado en la London School of Economics, 11 de julio de 2002.

¹⁵ Barnett Rubin, «Saving Afghanistan», *Foreign Affairs* (enero-febrero de 2007).

¹⁶ Simon Jenkins, «It takes inane optimism to see victory in Afghanistan», *The Guardian*, 8 de agosto de 2007.

representantes locales a los ojos de la población local»¹⁷. No sorprende entonces que los empleados de las ONG comenzaran a ser objetivo de los insurgentes, también en el norte, y se vieran obligados a contratar la protección de mercenarios.

En resumen: incluso en las estimaciones de los especialistas e instituciones occidentales, la «construcción de la nación» en Afganistán ha sido defectuosa desde que comenzó su andadura. Hasta ahora tan sólo ha producido un presidente títere que para sobrevivir depende de mercenarios extranjeros, una fuerza de policía corrupta y abusiva, una judicatura «inooperante», un próspero estrato criminal y una crisis social y económica cada vez más grave. Hay que tener una fe ciega para sostener que «más de lo mismo» será la respuesta a los problemas de Afganistán.

¿Un incremento de tropas en Afganistán?

El argumento según el cual la solución consiste en enviar más tropas de la OTAN es igualmente insostenible. Todos los datos indican que la brutalidad de las fuerzas de ocupación ha sido una de las principales causas del aumento de la capacidad de reclutamiento de los talibanes. La potencia aérea estadounidense, a la que los soldados estadounidenses en territorio inhóspito llaman «*Big Daddy*», pierde cualquier rasgo paterno cuando se trata de atacar las aldeas pashtun. Entre los afganos ha cundido una furia generalizada ante el número de bajas civiles, muchas de las cuales son niños. Ha habido numerosos incidentes de violación y maltrato de mujeres por parte de soldados de la FIAS, así como bombardeos de aldeas y misiones de búsqueda y captura indiscriminadas. El comportamiento de los mercenarios extranjeros que apoyan a las fuerzas de la OTAN es igualmente malo. Hasta los observadores comprensivos admiten que «su consumo de alcohol y el patrocinio de un número cada vez mayor de burdeles en Kabul [...] está provocando el enfado y la rabia»¹⁸. A esto podrían añadirse las muertes por torturas en la prisión de Bagram, bajo dirección estadounidense, y la resucitación de la ley de seguridad de la época soviética, bajo la cual los detenidos son condenados a penas de 20 años sobre la base de acusaciones sumarias de las autoridades militares estadounidenses. Todo esto crea una sed de dignidad que sólo puede ser saciada por una auténtica independencia.

Los discursos acerca de la «victoria» suenan cada vez más huecos para los oídos afganos. Muchos de los que detestan a los talibanes están tan enfadados por los fracasos de la OTAN y el comportamiento de sus tropas que se alegran de que haya cierta oposición. Lo que al principio fue conside-

¹⁷ S. Frederick Starr, «Sovereignty and Legitimacy in Afghan Nation-Building», en F. Fukuyama (ed.), *Nation-Building Beyond Afghanistan and Iraq*, Baltimore, 2006, p. 117.

¹⁸ Barnett Rubin, «Proposals for Improved Stability in Afghanistan», en Ivo Daalder *et al.* (eds.), *Crescent of Crisis. US-European Strategy for the Greater Middle East*, Washington DC, 2006, p. 149.

rado por algunos habitantes como una acción de policía necesaria contra al-Qaeda a raíz de los ataques del 11-S, es percibido ahora por una creciente mayoría en la región como una ocupación imperial a todos los efectos. Los últimos informes han señalado uno tras otro que la impopularidad del gobierno y el comportamiento «irrespetuoso» de las tropas de ocupación han producido como resultado una nostalgia del tiempo en que los talibanes estaban en el poder. La represión deja a la gente sin más opción que la de apoyar a los que intentan resistir, en particular en una parte del mundo en la que la cultura de la venganza está arraigada. Cuando toda una comunidad se siente amenazada, ello refuerza la solidaridad, con independencia del carácter o la debilidad de aquellos que se defienden. Esto no sólo es válido para las áreas rurales. Las protestas de masas en Kabul, cuando varios civiles murieron atropellados por un vehículo militar estadounidense, señalaron los objetivos evidentes:

Los alborotadores corearon eslóganes contra Estados Unidos y el presidente Karzai y atacaron el edificio del Parlamento, las oficinas de medios de comunicación y organizaciones no gubernamentales, las residencias diplomáticas, los burdeles, hoteles y restaurantes que supuestamente servían alcohol. La policía, buena parte de la cual había desaparecido, se demostró impotente, poniendo claramente de manifiesto la vulnerabilidad del gobierno ante la violencia de masas¹⁹.

Tal como los británicos y los rusos tuvieron ocasión de comprobar en carne propia durante los dos últimos siglos, a los afganos no les gusta ser ocupados. Si unos talibanes de segunda generación están creciendo en la actualidad y creando nuevas alianzas, la razón no estriba en que sus prácticas religiosas sectarias se hayan vuelto populares, sino en que son el único paraguas disponible para la liberación nacional. Al principio, el cuadro medio talibán que huyó a través de la frontera en noviembre de 2001 y emprendió una actividad guerrillera de baja intensidad al año siguiente, tan sólo atrajo a un pequeño número de nuevos reclutas procedentes de las madrasas y los campos de refugiados. A partir de 2004, un número creciente de jóvenes waziríes se radicalizó por las incursiones de la policía y los militares pakistaníes en las áreas tribales, así como por los ataques devastadores por parte de aviones «zánganos» no tripulados del ejército estadounidense. Al mismo tiempo, el movimiento comenzó a conseguir un apoyo activo de los mulás de las provincias de Zabul, Helmand, Ghazni, Paktika y Kandahar, y luego en las ciudades. En 2006 circularon informes que señalaban que mulás de Kabul que antes apoyaban a los aliados de Karzai estaban pronunciándose ahora contra los extranjeros y el gobierno; en las provincias fronterizas del noreste, Takhar y Badakshan, se escucharon llamamientos a la *yihad* contra los ocupantes.

La principal fuente de los nuevos reclutas talibanes, según una estimación reciente bien informada, se ha localizado en «las comunidades contraria-

¹⁹ B. Rubin, «Saving Afghanistan», cit.

das por las autoridades locales y las fuerzas de seguridad». En Kandahar, Helmand y Uruzgan, los compinches de Karzai –gobernadores de distrito y provinciales, jefes de seguridad, jefes de policía– estaban perfectamente preparados para dar el chivatazo a las tropas estadounidenses en contra de sus rivales locales, así como para someter a estos últimos al acoso y la extorsión. En tales circunstancias, los talibanes son la única defensa disponible. (Según el mismo informe, los propios talibanes han afirmado que las familias desplazadas a los campos de refugiados a causa de los ataques aéreos indiscriminados estadounidenses contra sus aldeas han sido su principal fuente de reclutamiento). En 2006 el movimiento estaba consiguiendo el apoyo de comerciantes y empresarios de Kandahar, y emprendió allí una mini «ofensiva del Tet» ese mismo año. Una razón que se ha manejado para explicar el creciente apoyo que reciben en las ciudades es que los talibanes de nuevo año han relajado sus constricciones religiosas, al menos para los varones –abandonando la obligatoriedad de la barba y la prohibición de la música– y han mejorado su propaganda: produciendo cintas de casete y CD de cantantes populares, y DVD de las atrocidades estadounidenses e israelíes en Iraq, Líbano y Palestina²⁰.

Así pues, el resurgimiento de los talibanes no puede achacarse tan sólo al fracaso de Islamabad en el control de la frontera, o de los enlaces de «mando y control», como afirman los estadounidenses. Aunque la ISI desempeñó un papel decisivo en la llegada al poder de los talibanes en 1996 y en la retirada de 2001, ya no tienen el mismo grado de control sobre un movimiento más difuso y generalizado, en el que ha sido la ocupación la que se ha encargado de hacer las labores de sargento de reclutamiento. Echar la culpa de los problemas internos a los «intrusos» es una estrategia colonial tradicional: Karzai es un especialista de ese enfoque. En todo caso, las funciones de desestabilización funcionan en la otra dirección: la guerra en Afganistán ha creado una situación crítica en las dos provincias fronterizas con Pakistán, y la utilización del ejército pakistaní por parte del Mando Central Estadounidense (CENTCOM) ha dado pie al terrorismo suicida en Lahore, donde la AFI (Agencia Federal de Investigación pakistaní) y el Instituto de Guerra Naval han sido objetivos terroristas de los partidarios de los insurgentes afganos. La mayoría pashtun en Afganistán siempre ha mantenido vínculos estrechos con sus paisanos pashtunes en Pakistán. La frontera actual fue una imposición del Imperio británico, pero nunca ha dejado de ser porosa. Resulta prácticamente imposible construir una valla texana o un muro israelí en la frontera montañosa y en su mayor parte no señalizada que separa los dos países.

Viejos modelos

Por supuesto, la ocupación actual de Afganistán recuerda las operaciones coloniales en la región, no sólo a los afganos, sino a algunos mitómanos oc-

²⁰ A. Giustozzi, *Koran, Kalashnikov and Laptop*, cit., pp. 42, 69.

cidentales –británicos, por regla general, pero con algunos imitadores subcontinentales– que intentan sacar lecciones del viejo modelo; el presupuesto es que los británicos eran «buenos imperialistas» que tienen mucho que enseñar a los brutos e impacientes estadounidenses. En su mayoría, los administradores británicos eran racistas hasta la médula, y su autoproclamada «competencia» implicaba la imposición eficaz del *apartheid* social en todas las colonias que controlaban. Podían ser igualmente brutales en África, Oriente Próximo e India. Aunque la promesa de una mejora civilizatoria era necesaria en tanto que justificación ideológica, entonces como ahora, los hechos del legado colonial hablan por sí solos. En 1947, el año en que los británicos abandonan la India, la abrumadora mayoría de los hijos de la medianoche* eran analfabetos, mientras que el 85 por 100 de la economía era rural²¹.

El problema no eran las malas intenciones o las iniciativas chapuceras, sino la presencia imperial en cuanto tal. Hoy los editorialistas citan mucho a Kipling instando a imprimir una «huella» occidental más pronunciada en Afganistán, pero hasta él era plenamente consciente del odio que sentían los pashtunes hacia los británicos, y otro tanto escribió en uno de sus últimos informes desde Peshawar a la *Civil and Military Gazette* de Lahore en abril de 1885:

Pashtunes, afridis, logas, kohistanis, turcomanos y un centenar más de variedades de la turbulenta raza afgana se reúnen en una vasta reserva humana entre la Puerta Edwardes y la Ghor Khutri. Cuando pasa un inglés, todos se giran para mirarle con el ceño fruncido, y en muchos casos escupen abundantemente en el suelo una vez que ha pasado. Un rufián fornido y barrigón, con la cabeza afeitada y el cuello arrugado y pliegues de grasa repletos de hoyuelos, se muestra particularmente entusiasta en este rito religioso, no dándose por satisfecho con una ejecución superficial, sino expectorando con todas sus fuerzas, lo que debe resultar tan refrescante para sus compañeros como asqueroso para el europeo.

Una de las muchas razones del resentimiento histórico de los pashtunes fue la quema del famoso bazar de Kabul, un triunfo de la arquitectura mogol. Ali Mardan Khan, un célebre gobernador, arquitecto e ingeniero, construyó el mercado central *chabr-chatta* (de cuatro lados), cubierto y con soportales, en el siglo XVII conforme al modelo de los existentes en las viejas ciudades musulmanas euro-árabes, como El Cairo, Damasco, Bagdad, Pa-

* Alusión a Salman Rushdie, *Mignight Children*, novela publicada en 1981 [ed. cast.: *Hijos de la medianoche*, Barcelona, Nuevas Ediciones de Bolsillo, 2005]. [N. del T.]

²¹ «La renta per cápita era de aproximadamente una vigésima parte del nivel que presentaban entonces los países desarrollados [...] El analfabetismo llegaba al 84 por 100 y la mayoría (60 por 100) de los niños entre 6 y 11 años no acudía a la escuela; las enfermedades epidémicas (malaria, viruela y cólera) estaban generalizadas y, en ausencia de un buen servicio de salud pública y de instalaciones de alcantarillado, las tasas de mortalidad (27 por 1000) eran muy altas», Dharma Kumar y Meghnad Desai (eds.), *Cambridge Economic History of India*, vol. II. c. 1757-c. 1970, Cambridge, 1983, p. 23.

lermo o Córdoba. Fue considerado único en la región; en Lahore o Delhi no se construyó nada de la misma escala. El bazar fue deliberadamente destruido en 1842 por el «Ejército de castigo» del general Pollock, recordado como uno de los más asesinos, saqueadores y salteadores que llegaron a Afganistán, dentro de una competición que continúa estando disputadísima. Derrotados en varias ciudades y obligados a evacuar Kabul, los británicos castigaron a sus ciudadanos borrando del mapa el mercado. Aún no sabemos lo que quedará de Kabul cuando los actuales ocupantes se retiren finalmente, pero la creciente masa de asentamientos ilegales miserables indica que se dispone a convertirse en una de las principales nuevas capitales del «planeta de ciudades miseria»²².

La ocupación occidental de Afganistán se enfrenta ahora a cinco problemas aparentemente intratables e interrelacionados. Los fracasos sistémicos de su estrategia de «construcción de la nación», la corrupción de sus agentes locales, la creciente alienación de grandes sectores de la población y el reforzamiento de la resistencia armada se ven agravados por las distorsiones provocadas por la industria del opio y la heroína en la economía del país. Según los cálculos de la ONU, los narcóticos suman el 53 por 100 del PIB del país, y los campos de amapola continúan extendiéndose. Alrededor del 90 por 100 de la oferta mundial de opio procede de Afganistán. Desde 2003, la misión de la OTAN no ha llevado a cabo ninguna tentativa seria de provocar una reducción de este lucrativo comercio. Los propios partidarios de Karzai no tardarían en desertar si sus actividades en ese ámbito se vieran desbaratadas, y la cantidad de ayudas públicas necesarias durante muchos años para promover la agricultura y la industria artesanal y reducir la dependencia del cultivo de la amapola exigiría un conjunto de prioridades completamente distinto. Sólo un utópico surrealista podría esperar que los países de la OTAN, ajetreados con la privatización y la desregulación de sus propias economías, se embarcaran en proyectos de desarrollo nacional a gran escala.

Los objetivos de la OTAN

Casi no hace falta decir que el bombardeo y la ocupación de Afganistán han sido un fracaso desastroso –y predecible– a la hora de capturar a los autores del 11-S. Esto sólo podría haber sido el resultado de una labor policial eficaz, no de una guerra y una ocupación militar internacionales. Todo lo que ha sucedido en Afganistán desde 2001 –y no digamos en Iraq, Palestina y Líbano– ha tenido el efecto contrario, tal como han confirmado reiteradamente los propios informes de inteligencia de Occidente. Según el informe de la Comisión Oficial sobre el 11-S, la primera respuesta del mulá Omar a las exigencias de Washington de que Osama Bin Laden fuera entregado y al-Qaeda se viera privada de su santuario fue «no nega-

²² Mike Davis, «Planeta de ciudades miseria», *NLR* 26 (marzo-abril de 2004), p. 13.

tiva»; él mismo se había opuesto a todo ataque de al-Qaeda contra objetivos estadounidenses²³. Pero mientras el mulá intentaba ganar tiempo, la Casa Blanca puso fin a las negociaciones. Necesitaba una rápida guerra de venganza. Afganistán había sido elegido como primera escala de la «guerra global contra el terrorismo», cuando Iraq ya era el objetivo principal de la Administración. La avalancha de «conmoción y pavor» durante seis semanas que llegó después no fue más que un redoble para la próxima intervención en Iraq, que carecía de todo fundamento en Afganistán. Como cabía esperar, el ataque tan sólo dio a los líderes de al-Qaeda la posibilidad de desaparecer en las montañas. Describir la invasión como una «guerra de autodefensa» para la OTAN constituye una burla del Derecho internacional, que se vio pervertido para convertir un ataque que obtuvo un éxito inesperado y casual, protagonizado por un pequeño grupúsculo terrorista árabe, en una excusa para un impulso militar estadounidense sin restricciones en Oriente Próximo y en Eurasia central.

Ahí encontramos los motivos de la práctica unanimidad entre los creadores de opinión occidentales que coinciden en que la ocupación no sólo debe continuar, sino que debe expandirse —«muchos miles de millones durante muchos años»—. No han de buscarse en las recónditas montañas de Afganistán, sino en Washington y Bruselas. Tal como resume *The Economist*, «la derrota no sólo supondría un golpe terrible para los afganos, sino» —y lo que, por supuesto, es más importante— «también para la Alianza Atlántica»²⁴. Como siempre, la geopolítica se impone por encima de los intereses afganos en el cálculo de las grandes potencias. El acuerdo sobre la implantación de bases firmado por Estados Unidos con el representante del gobierno afgano en Kabul en mayo de 2005, colocado por Estados Unidos, da al Pentágono el derecho a mantener una presencia militar masiva a perpetuidad en Afganistán, lo que incluye potencialmente los misiles nucleares. Washington no está tratando de establecer bases permanentes en esta tierra inhóspita y preñada de peligros tan sólo en nombre de la «democratización y el buen gobierno», como quedó claro tras las declaraciones del secretario general de la OTAN, Jaap de Hoop Scheffer, en la Brookings Institution en febrero de este año: una presencia permanente de la OTAN en un país que limita con las ex repúblicas soviéticas, China, Irán y Pakistán era algo demasiado bueno como para permitir que se pierda²⁵.

Desde un punto de vista más estratégico, Afganistán se ha convertido en un teatro central para la reconstitución y la extensión del control occidental de la política de poder sobre el orden mundial. Proporciona, en primer lugar, una oportunidad para que Estados Unidos minimice sus pro-

²³ *The 9.11 Commission Report*, Nueva York, 2004, pp. 333-334; 251-252.

²⁴ «Must there be wars without end?», *The Economist*.

²⁵ «Afghanistan and NATO. Forging the 21st Century Alliance», 29 de febrero de 2008; disponible en el sitio web de la Brookings Institution.

blemas convenciendo a sus aliados para que se impliquen más aún en Iraq. Tanto Clinton como Obama han insistido en que Estados Unidos y sus aliados «han de alcanzar una mayor unidad de propósitos en Afganistán. El resultado último del esfuerzo de la OTAN para estabilizar Afganistán y el liderazgo estadounidense de ese esfuerzo bien podrían afectar a la cohesión de la Alianza y a la capacidad estadounidense de determinar el futuro de la OTAN»²⁶. Además de esto, ha sido el ascenso de China lo que ha provocado que los estrategas de la OTAN propongan una enorme expansión del papel de la alianza militar occidental. Antaño centrada en el área euroatlántica, un ensayo reciente publicado en la *NATO Review* sugiere que «en el siglo XXI la OTAN debe convertirse en una alianza fundada en el área euroatlántica, dedicada a proyectar la estabilidad sistémica más allá de sus fronteras»:

El centro de gravedad del poder en este planeta se está moviendo inexorablemente hacia el este [...] La región Asia-Pacífico aporta numerosos elementos dinámicos y positivos a este mundo, pero por el momento el rápido cambio que experimenta no es estable ni está engastado en instituciones estables. Hasta que no se logre ese objetivo, la responsabilidad estratégica de los europeos y norteamericanos, así como de las instituciones que han construido, consiste en allanar el camino [...] la efectividad de la seguridad en un mundo así es imposible sin legitimidad y habilidad al mismo tiempo²⁷.

El único modo de proteger el sistema internacional que ha construido Occidente, continúa el autor, consiste en «revigorizar» la relación transatlántica: «No puede haber seguridad sistémica sin seguridad asiática, y no habrá seguridad asiática sin un papel fuerte de Occidente en la región».

Estas ambiciones todavía no se han realizado. En Afganistán hubo airadas manifestaciones callejeras contra la firma del acuerdo sobre el establecimiento de bases militares estadounidenses por parte de Karzai, una clara indicación, por si fuera necesario, de que la OTAN tendrá que llevarse a Karzai si llegan a retirarse. Uzbekistán respondió pidiendo a Estados Unidos que sacara sus bases y su personal fuera del país. Hay constancia de que los rusos y los chinos han protestado enérgicamente en privado, y han emprendido operaciones militares conjuntas en los respectivos territorios por primera vez: «la preocupación por los claros planes estadounidenses de establecimiento de bases permanentes en Afganistán y Asia Central» fue una causa importante de su acercamiento²⁸. Con menor vigor, Irán respondió aumentando los impuestos a la exportación, lo que provocó el parón de la construcción en Herat²⁹.

²⁶ Paul Gallis, «NATO in Afghanistan», CRS Report for Congress, 23 de octubre de 2007.

²⁷ Julian Lindley-French, «Big World, Big Future, Big NATO», *NATO Review*, invierno de 2005.

²⁸ B. Rubin, «Proposals for Improved Stability in Afghanistan», cit.

²⁹ En respuesta a las súplicas de Karzai, Teherán propuso un tratado que prohibiría las operaciones extranjeras de inteligencia conducidas desde cada uno de los países contra el otro; cuesta creer cómo Karzai pudo firmar esto sin partirse de risa.

Hay al menos dos caminos de salida del atolladero de Khyber. El primero y el peor de todos sería la balcanización del país. Ésta parece ser la pauta dominante de la hegemonía imperial por el momento, pero mientras que los kurdos en Iraq y los kosovares y otros en la antigua Yugoslavia estaban dispuestos a convertirse en nacionalistas clientelistas, la probabilidad de que tayikos y hazaras desempeñen ese papel efectivamente es bastante más remota en Afganistán. Algunos funcionarios de inteligencia estadounidenses han estado discutiendo informalmente la creación de un Estado pashtun que una a las tribus y disuelva la Línea Durand, pero esto desestabilizaría Pakistán y Afganistán hasta tal punto que las consecuencias serían impredecibles. En todo caso, por el momento no parece haber interesados en ninguno de los dos países.

La alternativa exigiría una retirada de todas las fuerzas estadounidenses, precedida o seguida de un pacto regional para garantizar la estabilidad afgana para los próximos diez años. Pakistán, Irán, India, Rusia y posiblemente China podrían garantizar y respaldar un gobierno nacional en funciones, comprometido a preservar la diversidad étnica y religiosa de Afganistán y crear un espacio en el que todos sus ciudadanos puedan respirar, pensar y comer todos los días. Sería preciso un plan socioeconómico serio para reconstruir el país y proporcionar las necesidades básicas para su pueblo. Esto no sólo iría en favor de los intereses de Afganistán, sino que sería considerado como tal por su pueblo, física, política y moralmente agotado por décadas de guerra y dos ocupaciones. La violencia, arbitraria o deliberada, ha sido su destino durante demasiado tiempo. Quieren que termine la pesadilla y que no se vea reemplazada por otro tipo de horrores. Los extremistas religiosos no tendrán una verdadera influencia sobre el pueblo si deciden romper una paz consensuada y dar comienzo a una *yihad* para recrear el emirato talibán del mulá Omar.

La ocupación estadounidense ha contribuido a que esa tarea no sea fácil. Sus predecibles fracasos han reavivado a los talibanes, mientras que los pashtunes están uniéndose cada vez más en torno a ellos. Sin embargo, aunque los talibanes han sido completamente asimilados a al-Qaeda en los medios de comunicación occidentales, la mayoría de sus partidarios se mueven por preocupaciones locales; su evolución política probablemente sería paralela a la de los domesticados islamistas pakistaníes si los invasores se marcharan. Una retirada de la OTAN facilitaría un proceso de paz serio. También podría beneficiar a Pakistán, siempre que sus líderes militares abandonaran las estúpidas ideas acerca de la «profundidad estratégica» y consideraran a India no como un enemigo sino como un posible socio al objeto de crear un marco regional cohesionado en cuyo interior podrían resolverse muchos asuntos en disputa. ¿Son capaces los líderes militares y los políticos pakistaníes de agarrar el toro por los cuernos y sacar adelante su país? ¿Les dejará Washington hacerlo? La solución es política, no militar. Y se halla en la región, no en Washington o Bruselas.